

los rusos eran tan inexpugnables como lo éramos nosotros en la meseta de Quersoneso.

La guerra continuó, pues, pero blandamente. Desde los fuertes del Norte los rusos lanzaban algunas bombas sobre Sebastopol, pero estos proyectiles, muy incómodos para los curiosos ó *turistas* que visitaban la ciudad arruinada, causaban pocas víctimas. El 29 de septiembre, no lejos de Eupatoria, en el pueblo de Koughil, el general d'Allonville, con tres regimientos de caballería secundados por algunos batallones egipcios, dispersó á diez y ocho escuadrones rusos y á varios *sotnias* de cosacos. Poco tiempo después, un cuerpo expedicionario mitad francés, mitad inglés, fué embarcado parte en Kamiesch y parte en Balaklava, y el 17 de octubre se apoderó de la fortaleza de Kinbourn al extremo del golfo de Dniéper. A estas operaciones secundarias y limitadas se unieron los trabajos necesarios, ya para consolidar nuestros campamentos, ya para preparar nuestros cuarteles de invierno por si se difería la evacuación. Llenábanse las trincheras, que, puestas á continuación una de otra, hubieran presentado un desarrollo de cerca de 80 kilómetros (1). Se inventariaba el material encontrado en Sebastopol. Convertido Kamiesch en una verdadera ciudad, era puesta en estado de defensa. Repatriáronse algunos regimientos, no sin que su suerte fuese envidiada. Cubríanse las bajas con nuevas tropas que iban llegando; pues, á pesar de la toma de Sebastopol, no cesaban los embarques en Marsella. Los ingleses, alleccionados por el invierno anterior, se aplicaban á preservarse de las próximas intemperies: sus buques desembarcaban cómodas barracas, trabajadores, viveres, medicamentos y médicos. Los nuestros no eran provistos con tanta abundancia: pero, durante aquellos meses de otoño, el estado sanitario fué satisfactorio y se esperaba que no sobrevendría ninguna nueva calamidad. De suerte que en la meseta de Quersoneso y en el valle del Tchernaiá había sucedido una semi-seguridad al encarnizamiento de la guerra. Sin embargo, llegó un día que recordó los terribles excesos del sitio. El 15 de noviembre, el parque del Molino voló con un inmenso depósito de pólvora, cartuchos y proyectiles, sin que pudiese averiguarse la causa de la explosión. La catástrofe fué tan mortífera como un combate: hubo 59 muertos y 225 heridos.

Aquella actividad relativa, aquella especie de armisticio anticipado, no respondía á las previsiones del emperador. A fines de octubre los contingentes reunidos de los aliados, que habían aumentado sin cesar, se elevaban á unos 200.000 hombres. ¿Tales ejércitos iban á permanecer inactivos? Pelissier, en sus comunicaciones á su soberano, objetaba las formidables posiciones de los rusos, dejando entrever una larga serie de combates sangrientos y estériles. El 15 de noviembre llegó de París un despacho telegráfico más imperioso que los demás. Obligado á exponer sus proyectos, el comandante en jefe francés dió finalmente á conocer su plan, plan modesto, poco aventurado, pero que no sacrificaba ninguno de los resultados obtenidos. «He aquí lo que yo considero prudente y útil: Quersoneso, Kinbourn y Kertch bien guardados, y Rusia bloqueada por

(1) *Journal des opérations du génie*, pág. 445.

sus costas (2).» El mariscal reservaba á las tropas musulmanas ó inglesas algunas diversiones accesorias en los extremos del Imperio moscovita: «Hay que sublevar á la Circasia, decía; cubrir las fronteras de la Turquía asiática y amenazar las posesiones rusas que se extienden hacia Persia.» En cuanto á la Crimea, consideraba que toda operación ulterior sería de éxito dudoso, y que, aun asegurado, el éxito nada añadiría á la gloria conquistada. Condenaba enérgicamente toda expedición contra Kherson ó Nicolaief, y hasta hubiese querido que se procediera á la evacuación de Eupatoria.

Al finalizar el año, los generales Bosquet, Martimprey y otros se encontraban en París. También se encontraba allí el duque de Cambridge. De ahí la idea de celebrar, bajo la presidencia del emperador, un consejo de guerra para determinar el plan de la campaña futura. A fin de completar la reunión, llamóse de Turín al general La Mármora y llegaron de Londres varios jefes ingleses. Después de la última conferencia, nombróse una comisión para estudiar los proyectos diversos. Esta comisión no llegó más que á un resultado negativo, pues todas las combinaciones le parecieron impracticables ó peligrosas. Eupatoria, ciudad privada de agua y rodeada de estepas, no ofrecía una buena base de operación: cercar la Crimea parecía imposible: atacar á Nicolaief ó á Kherson era volver á los sitios: llevar un ejército á Besarabia era más arriesgado todavía; los rusos batidos se retiraban, y hasta dónde se les iba á perseguir (3)?

Entonces, en una conferencia ulterior, el emperador expuso sus proyectos. Eupatoria, á pesar de todas las objeciones, sería el punto de reunión de las tropas y el punto de partida para la nueva campaña. Pero, á fin de engañar al enemigo, se haría una demostración hacia Alouschta con un cuerpo de 16.000 hombres que haría avanzar sus cazadores todo lo posible. Mientras se llamaría la atención de nuestros adversarios hacia la región montañosa del Este, el grueso del ejército, concentrado en Eupatoria, se dirigiría hacia Simferopol, apoyada su derecha en el Bulganak, y extendiendo su izquierda hasta el Salghir. Conquistado Simferopol, y vencidos los rusos, la Crimea podía ser honrosamente abandonada.

Parece que este plan, salvo algunos retoques, fué adoptado por los ingleses. Pocos días después, el ministro de la Guerra comunicó al general Pelissier la orden de enviar inmediatamente á Eupatoria todas las tropas que pudiesen establecerse convenientemente en ella, añadiendo que si no se firmaba la paz, habría que reanudar las hostilidades con el mayor vigor desde principios de abril (4).

«Si no se firmaba la paz,» escribía el general Vaillant. El lector se habrá fijado en esta reserva. Mientras los generales medían sus fuerzas para nuevos combates, los mensajeros de conciliación habían emprendido su tarea. La obra de la diplomacia estaba ya bastante adelantada para hacer que resultasen vanas, según todas las apariencias, las combinaciones *in extremis* de la estrategia.

(2) Informe del general Pelissier al ministro de la Guerra, 19 de noviembre. — Camilo Rousset, *Guerra de Crimea*, tomo II, pág. 426.

(3) *Papeles inéditos* del general Martimprey.

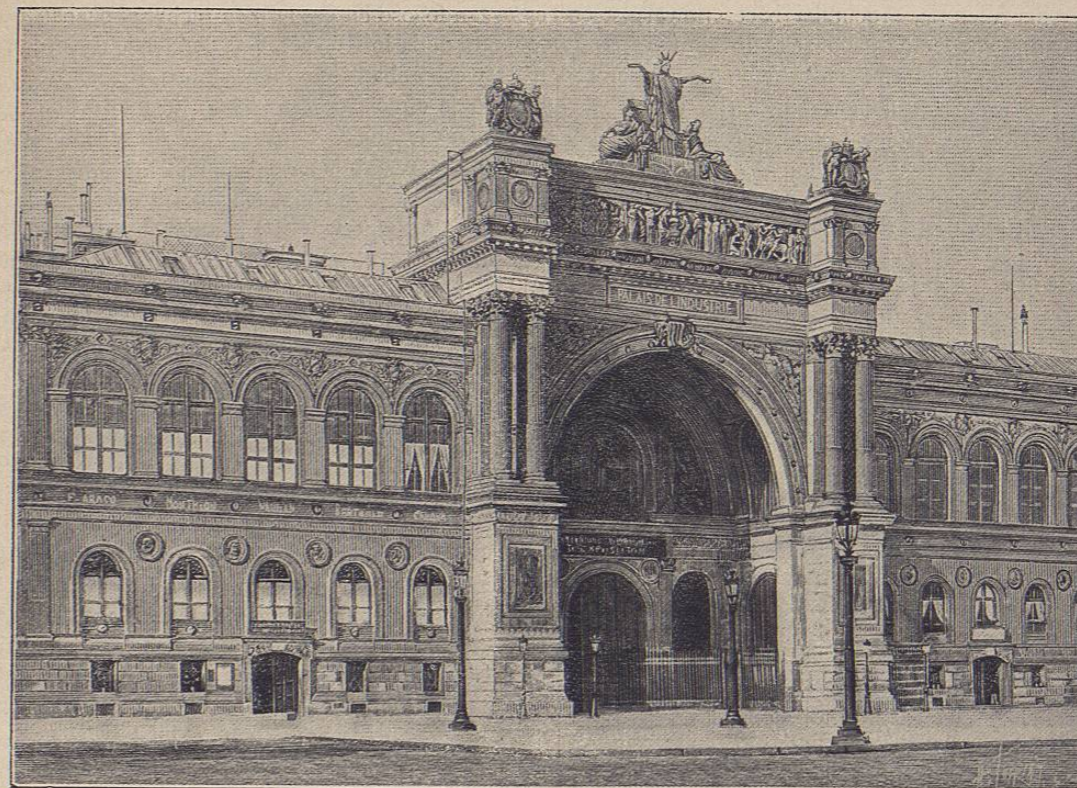
(4) *Papeles inéditos* del general Martimprey.

## III

Esta paz todo el mundo la deseaba en Francia. Las poblaciones rurales, tan adictas y tan dóciles, se asombraban del aumento de las cargas militares y, sin murmurar contra necesidades que no juzgaban, experimentaban profunda tristeza por las vidas sacrificadas. La gente de negocios, metida en grandes empresas, calculaba con despecho las fructuosas ocasiones de ganancia que les quitaba la guerra, y como la afición á las especulaciones invadía las más altas esferas, tenía poderosamente

su suerte de la de su aliado británico; y este aliado era menos indiferente al beneficio, tenía menos motivos de estar satisfecho, y por esta parte podía surgir algún obstáculo.

Quince días antes de la toma de Malakof, lord Palmerston escribía: «Se aproxima la rendición de Sebastopol, y entonces surgirá un peligro, peligro de la paz, no de la guerra. El Austria intentará hacer prevalecer una paz insuficiente (1).» Apenas terminado el sitio, la prensa inglesa había empezado á predicar ardientemente nuevas empresas. En 9 de noviembre, en el banquete



Entrada monumental del Palacio de la Industria de los Campos Eliseos

de toma de posesión del *lord-maire*, Palmerston había acentuado estas tendencias belicosas. Ciertas correspondencias revelaban los proyectos en que se extraviaba la opinión británica. Estos proyectos consistían en quitar á Rusia la Besarabia y la Crimea, aunque no faltaba quien propusiese dar esta última provincia á Cerdeña, para que la poseyera como antiguamente la habían poseído los genoveses (2). Mientras los franceses realizaban su propio valor haciendo justicia al de sus adversarios, nuestros aliados se complacían en enumerar las derrotas de los rusos. Esto obedecía á varias causas. Las victorias de los ingleses eran menores que sus esperanzas y sobre todo inferiores á sus recursos. Les disgustaba acabar con un fracaso. Desprevenidos al principio de la guerra, sufrieron durante el primer invierno las consecuencias de su defectuosa administración militar; pero, como puede hacerlo un pueblo ac-

(1) Carta de lord Palmerston á su hermano, 25 de agosto de 1855 (*The life of Palmerston*, por Evèlyn Ashley, tomo II, página 320).

(2) Véase la carta de lord Malmesbury á lord Stanley, 21 de octubre de 1855 (*Memoirs of an ex-minister*, tomo II, pág. 35).

tivo, inteligente y rico que no repara en gasto alguno, habían reparado su imprevisión pasajera, reclutado hombres y asegurado la abundancia y hasta la profusión en todos los servicios. De buena gana hubiera continuado la guerra á fin de no perder todos aquellos costosos preparativos, y como no pesaba sobre ellos la carga de las quintas, nada temperaba su celo. Francia parecía muy fácil de contentar, y se ridiculizaba un poco el afán de los bolsistas por llegar á toda costa á un arreglo. «La pasión de la paz, escribía el príncipe Alberto, ha infestado el mercado francés (1).» Mientras tanto, Napoleón III, en una correspondencia directa con la reina Victoria, procuraba hacer prevalecer en Londres miras moderadas, aconsejando terminar la lucha. Con frecuencia el emperador daba á entender hábilmente que, si se prolongase la guerra, habría que darle un objeto más nacional, y entonces, con su habitual vaguedad, hablaba de Italia, de Polonia y de las orillas del Rhin (2). Con esto moderaba mucho el ardor de los ministros ingleses, visiblemente asustados de tales perspectivas. El gobierno de la reina, menos violento que el público, se guardaba bien de desechar de un modo perentorio los consejos del emperador. Pero formulaba una doble reserva: pedía que, en caso de hacerse proposiciones á Rusia, ésta fuese obligada á contestar con una simple adhesión, y no con contraposiciones; y pedía además que nada se acordase sin la intervención de Inglaterra (3).

En tales circunstancias, el desenlace dependía sobre todo de la voluntad del zar. En San Petersburgo, el primer cuidado del gobierno ruso había consistido, no en ocultar la derrota, sino en darle las proporciones de una victoria. En los días que siguieron á la evacuación de Sebastopol, las proclamas del emperador y las del príncipe Gortchakof habían presentado el mismo carácter; en ellas se daban expresivas gracias «á los soldados de la fe ortodoxa;» se hallaban impregnadas de una resignación altiva, pero temperada por la satisfacción de un inmenso deber heroicamente cumplido, y expresaban la seguridad de que aquella tierra del Quersoneso «donde Vladimiro había recibido el bautismo de fuego» no sería nunca abandonada. Las ruinas de Sebastopol humeaban todavía cuando Alejandro II había llegado á Nicolaïef; desde este punto había ido á Crimea y desde lo alto del fuerte del Norte había podido contemplar aquellas ruinas que escapaban á su imperio. Las revistas que pasó, las aclamaciones que lo acogieron, sus exhortaciones que revelaban una confianza aún completa en sus recursos y en el auxilio divino, todo parecía indicar más obstinación que desaliento.

Tal era la superficie de las cosas. Pero había en las resoluciones menos seguridad de la que daba á comprender aquel místico y bélico aparato. En realidad, las nuevas levadas eran demasiado jóvenes, inexpertas, incapaces de entrar inmediatamente en campaña. Los apu-

(1) Carta del príncipe Alberto al barón Stokmar, 19 de noviembre de 1855 (*The life of Prince Consort*, por sir Teodoro Martín, tomo III, pág. 389).

(2) Carta del príncipe Alberto al barón Stokmar.—Carta del emperador Napoleón á la reina Victoria, 22 de noviembre de 1855 (*The life of Prince Consort*, tomo III, págs. 385, 394 y 395).

(3) Carta de la reina Victoria al emperador Napoleón III, 26 de noviembre de 1855. (*The life of Prince Consort*, tomo III, págs. 397 á 402).

ros financieros igualaban á las dificultades militares. Además, si el viejo partido moscovita se inclinaba á la resistencia, las clases medias é ilustradas cedían á otras inspiraciones. Entre éstas reinaba una reacción muy viva contra el sistema autoritario tanto tiempo practicado por el emperador Nicolás. El fracaso de la guerra había disipado muchas ilusiones, descubierto muchos abusos y socavado la confianza en las instituciones hasta entonces aceptadas sin murmurar. Desde aquella época circulaban copias manuscritas de libelos, caricaturas y sátiras, que denunciaban el formalismo burocrático de la antigua rutina militar, censuraban las excitaciones del clero tan fogoso en predicar la lucha, abogaban por el fomento de la instrucción y el desarrollo de los ferrocarriles y esbozaban todo un programa de reformas. Poco á poco se ofrecía de este modo un nuevo alimento á la nación cansada de combates. Alejandro ignoraba tanto menos estas tendencias cuanto que respondían á sus propios deseos y la guerra no era para él más que una de las cargas de la herencia paterna. Rusia no podía ni quería pedir la paz, pero estaba dispuesta á aceptarla. El príncipe Alejandro Gortchakof, entonces embajador de Rusia en Viena, había traducido en un lenguaje original esta situación de su país. «Los acontecimientos, decía, han condenado á Rusia á ser muda, pero no á ser sorda.» Sorda hubiera tenido que ser, en efecto, para no oír el creciente murmullo de los negociadores de toda clase que, por humanidad, por interés ó por deseo de darse importancia, iban y venían, se agitaban y trataban de interponerse entre ambas partes.

Hubo desde luego intermediarios oficiosos pertenecientes á cortes secundarias, que procuraban reunir impresiones sin ninguna ambición de formular un programa definitivo. La Exposición Universal, que atrajo en otoño muchos visitantes, favoreció aquellas primeras negociaciones. Cada personaje ilustre ó simplemente notable era recibido por el emperador, y si recogía algunas confidencias, se apresuraba á transmitir las á su gobierno, al menos como indicio. A fines de octubre el Sr. de Pfordten, primer ministro de Baviera, personaje activo que aspiraba á representar en Alemania la política de los Estados de segundo orden, estuvo en París. Habló dos veces con Napoleón III, y, pasando por Francfort, de regreso á su país, no dejó de dar á conocer el resultado de sus entrevistas. El lenguaje del emperador, calculado, sin duda, era moderado respecto al presente y alarmante respecto al porvenir. «Yo deseo la paz, había dicho. Si Rusia consiente en la neutralización del mar Negro, la firmaré á pesar de las objeciones de Inglaterra. Pero si en la primavera no llegamos á entendernos, apelaré á las nacionalidades y principalmente á la nacionalidad polonesa. Entonces la guerra tendrá por base, no ya el derecho europeo, sino el interés egoísta de los diversos Estados (4).»

Por aquellos días, el Sr. de Beust visitó también la Exposición universal. Aunque no era entonces más que el primer ministro de la pequeña corte de Dresde, era ya un personaje muy conocido y á menudo consultado, de modo que su papel no se limitaba á las estrechas fronteras de su patria. Antes de ir á París, había

(4) Véase *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo II, página 71.

hablado con el Sr. de Brunnow, quien le había dado á comprender que Rusia consentiría en tratar si no se le pedía cesión de territorio ni indemnización. El Sr. de Beust sometió estos conceptos á la corte de las Tullerías y Napoleón replicó que su idea principal y casi única era la neutralización del mar Negro. En seguida, el ministro sajón escribió al Sr. de Nesselrode y, con una insistencia que las relaciones personales entre ambos autorizaban, le aconsejó que aprovechase aquellas benévolas disposiciones.

Las negociaciones, sin formular todavía proposiciones precisas, adquirieron pronto más consistencia, y, en el mes de diciembre, salió de Francia para San Petersburgo un negociador oficioso. Este era el Sr. de Seebach, ministro de Sajonia en París, encargado de los intereses de los súbditos rusos desde la declaración de la guerra. Como tal, intervenía con frecuencia en los negocios de los beligerantes: era yerno de Nesselrode y gozaba además de un crédito particular cerca de Alejandro II, que le conocía y apreciaba desde hacía mucho tiempo. Seebach encontró al zar cansado de la guerra, apesadumbrado á causa de las cargas que abrumaban á su pueblo, visiblemente deseoso de romper con la política exclusiva de su predecesor y de aplicar á reformas interiores la actividad de su reinado. Mostrábase, sin embargo, muy susceptible respecto á las concesiones, pues estimaba que el honor de una defensa como la de Sebastopol no permitía tratarle como vencido. Alejandro II se consideraba con tanto más fundamento para hablar de este modo cuanto que sus armas acababan de obtener una victoria. En Asia, la fortaleza turca de Kars, defendida por el general inglés Williams, se había visto reducida á capitular; y este acontecimiento, acaecido el 27 de noviembre y que pronto había de favorecer la obra de pacificación permitiendo al amor propio de Alejandro tratar después de un éxito, parecía desde luego una especie de revancha de Sebastopol perdida.

En esto, aquellas discretas negociaciones oficiosas se perdieron en otra oficial que, por lo torpe, comprometió en gran manera la paz del mundo antes de restablecerla del todo.

El fracaso de la conferencia de Viena había quitado á Austria su papel de mediadora. La toma de Sebastopol le había devuelto la esperanza no sólo de recuperar su crédito perdido, sino que también de beneficiar de la paz como si hubiese tomado parte en la guerra. En 10 de septiembre, el Sr. de Buol, yendo de Gastein á Golling, recibió la gran noticia, y su confiante optimismo se manifestó en seguida en estas palabras dirigidas al Sr. de Beust: «Tenemos los Principados danubianos en el bolsillo (1).» Los hechos no justificaron del todo semejante presunción, pues transcurrieron muchos días antes de que el Austria pudiera ejercer su vocación de árbitro. Decidiéndose á ofrecer lo que no le pedían sino á medias, formuló y transmitió á París un proyecto de condiciones. Inglaterra, no consultada, se desahogó en quejas: lord Palmerston hasta había dado á entender que, si era necesario, continuaría la lucha sin más auxilio que el de Turquía (2). Calmada esta grande in-

(1) M. de Beust, *Mémoires*, tomo I, pág. 159.

(2) Carta de lord Palmerston al Sr. de Persigny (*The life of Palmerston*, por Evelyn Ashley, tomo II, pág. 322).

dignación, se convino, de común acuerdo, que se reproducirían como base los cuatro puntos con su redacción primitiva, es decir, con la cláusula de la *neutralización del mar Negro*. Añadiéronse dos artículos, uno que estipulaba una ligera rectificación de frontera en provecho de la Moldavia, y otro que autorizaba á las potencias aliadas para formular, si lo tenían á bien, algunas condiciones suplementarias en interés de Europa. En caso de negativa, Austria se obligaba no todavía á una cooperación armada, pero sí á romper toda relación diplomática con Rusia. El Sr. Esterhazy, embajador de Austria cerca del zar, fué portador del mensaje. Llegó á fines de diciembre á San Petersburgo, donde se encontró al mismo tiempo que el Sr. de Seebach.

Aquellas condiciones eran muy anodinas, y á menos de un desinterés inaudito en los fastos de la política, los aliados no podían recoger más modesto fruto de su victoria. Pero todo lo que venía de Viena tenía entonces el don de irritar al gobierno de San Petersburgo. La perspectiva de una rectificación de fronteras, por insignificante que ésta fuese, disgustó mucho. Además, el derecho de incluir en el programa asuntos ajenos á los cuatro puntos no dejaba de causar alguna inquietud. Esterhazy fué acogido con tanta frialdad como simpatías había encontrado Seebach. A principios de enero, el gobierno ruso contestó con contraproposiciones. Admitía los cuatro puntos, pero nada más. Las divergencias no eran grandes, pero no era la aceptación pura y simple que las potencias occidentales querían. Tratándose de adversarios muy susceptibles en punto á honor y muy obstinados en mantenerse cada cual en su terreno, creyóse que la guerra iba á arder otra vez. En París la emoción fué extrema. El 11 y el 12 de enero, una gran baja de Bolsa indicó las ansiedades públicas. Por aquel entonces se celebraban en las Tullerías los grandes consejos militares de que hemos hablado. El público no ignoraba aquellos conciliábulos y de ellos deducía que la paz era más dudosa que nunca.

Sin embargo, vino á un acuerdo en el momento en que menos se esperaba. La Prusia, que desde hacía un año permanecía inmóvil, estimó que su interés personal, el único que ella escuchaba, exigía su intervención inmediata. En la eventualidad de una coalición contra Rusia, era difícil que Prusia permaneciese neutral, y no menos difícil que tomase las armas por uno ú otro partido. Una carta de Federico Guillermo, carta, según se dijo, muy apremiante, llegó á San Petersburgo y conjuró al zar que cediese. Alejandro II no tenía el carácter inflexible de su padre. No se trataba de su honor, puesto á salvo desde hacía mucho tiempo, sino á lo sumo de su amor propio. Ante aquella unánime reprobación de Europa, ante aquellas observaciones de la misma Prusia, hasta entonces tan complaciente, el joven emperador se turbó. Todas las noticias que recibía del interior de su imperio le demostraban, por otra parte, la oportunidad de tratar. Las instrucciones del conde Esterhazy le prescribían esperar hasta el 18 de enero la contestación á sus proposiciones. El 16, diferentes despachos transmitidos de San Petersburgo á Viena y comunicados en seguida á todas las capitales anunciaron que Rusia aceptaba el proyecto austriaco y que lo aceptaba sin reserva.

En Francia, las inquietudes de aquellos últimos días

hicieron que la alegría pública fuese aún más viva; y en Inglaterra la satisfacción venció al espíritu de denigración. El *Times* puso á sus compatriotas en guardia contra los artificios de Rusia, dispuesta, sin duda, á retener en detalle lo que concedía en masa. Pero el gobierno ruso no retiró ninguna de sus concesiones. Al contrario, se complació en disipar todo equívoco, y, en un artículo del *Diario de San Petersburgo*, precisó de nuevo con la más leal claridad la extensión de sus sacrificios. En 1.º de febrero, un protocolo firmado en Viena consignó el acuerdo de todas las partes. Eran, propiamente hablando, los preliminares de la paz.

## IV

París había sido designado como punto de reunión del Congreso que discutiría el tratado definitivo. A mediados de febrero empezaron á llegar los plenipotenciarios. Entre éstos figuraban el Sr. de Brunnow, uno de los moscovitas que mejor conocían las sutilezas del lenguaje diplomático; el conde Orlof, primer plenipotenciario ruso, cargado de años y de dignidades; lord Clarendon, jefe del *Foreign Office*, atento á prevenir una unión demasiado íntima entre franceses y rusos, y á no dejar reducir á cero los frutos ya de sí escasos de la victoria; el conde de Buol, fastuoso como siempre, el cual, de paso, se había detenido en Francfort, sin duda para que el Sr. de Bismarck, ministro prusiano cerca de la Confederación, tuviese tiempo de retratarlo. El jefe del gabinete austriaco manifestó á Bismarck su «ardiente deseo» de que Prusia fuese admitida en el Congreso, y si, á pesar de todos sus esfuerzos, no había de figurar, se podía tener la seguridad de que él defendería los intereses prusianos con tanto calor como los de Austria. Bismarck no dejó de dar cuenta de la entrevista. «Yo quisiera, añadió, ser una hora solamente en mi vida el gran hombre que Buol cree ser todos los días, y mi gloria quedaría para siempre sentada ante Dios y ante los hombres (1).» Quizá el retrato necesite retoques; pero, de todas maneras, parece resultar que el jefe del gabinete de Viena mostraba más optimismo que perspicacia, pues la suerte iba á ponerlo en presencia de Rusia irritada, de Inglaterra medio satisfecha y de Francia más bien cortés que simpática. Para colmo de contrariedad, iba á ver sentado cerca de él, en el congreso, al representante de Cerdeña. El Sr. de Cavour, en efecto, marchaba hacia París, con la modestia propia de una fortuna naciente, silencioso, pero atento á las ocasiones, tan ardiente en reclamar su salario como dispuesta se hallaba Francia á abandonarlo todo, lleno de proyectos graduados que evocaría uno tras otro ó dejaría en la sombra según la benevolencia ó la frialdad de Europa. De todos estos diplomáticos el que menos llamaba la atención era el ministro de la Puerta, Alí Bajá. El imperio otomano, causa primera de la guerra, era relegado al olvido, y los laureles de Silistria se habían marchitado al extremo de no volver á florecer. Al revés del Piamonte, Turquía luchaba, no para ganar, sino para no perder, y todavía era indudable que lo que hoy conservara le sería arrancado á girones en

(1) *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo II, páginas 128-136.

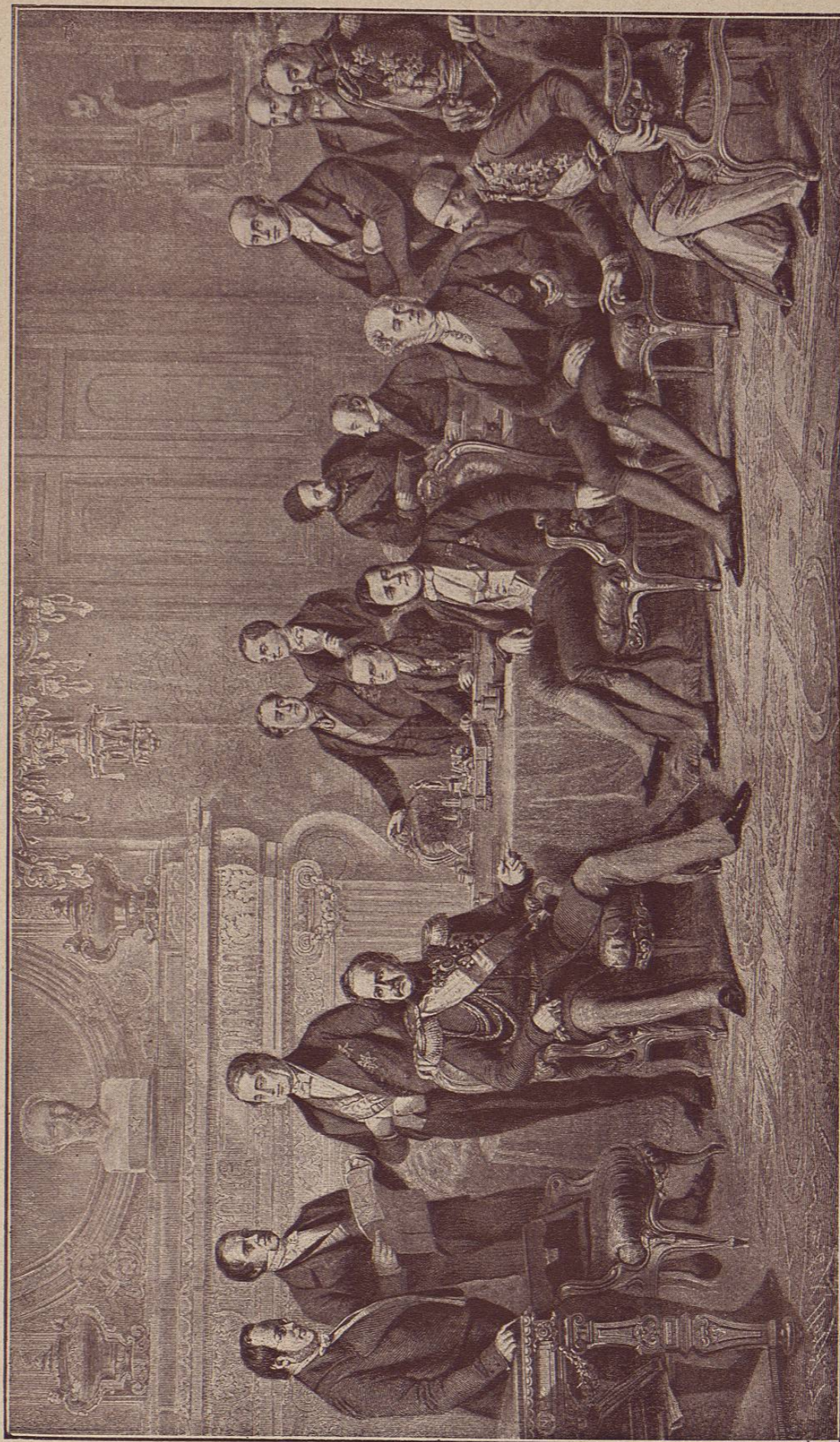
lo futuro. A cada uno de los plenipotenciarios se agregó el embajador ordinario acreditado en París, es decir, por Inglaterra lord Cowley, por Austria el Sr. de Hubner, por Cerdeña el Sr. de Villamarina y por Turquía Mehemed-Djemil-bey. El Sr. Walewski, ministro de Negocios extranjeros, y el Sr. de Bourqueney representaban á Francia. Tal era el personal del congreso.

La primera sesión se verificó el 25 de febrero en el ministerio de Relaciones exteriores. La presidencia fué conferida por unanimidad al Sr. Walewski, y al Sr. Benedetti, director del Negociado político, se confirió la redacción de las actas. En seguida se concluyó un armisticio hasta el 31 de marzo, decisión que fué inmediatamente comunicada á los cuarteles generales. Después de estos preliminares, empezó la discusión.

Las Conferencias de Viena habían fracasado á propósito del régimen del Euxino. Posteriormente, la toma de Sebastopol había destruido en aquellas costas la fuerza naval de Rusia, y nuestros mismos enemigos habían destruido el resto de su flota. Excluir de aquellos mares interiores todos los buques de guerra, á excepción de los barcos ligeros destinados á la protección del comercio, proscribir el restablecimiento de todo arsenal marítimo, era reconocer en principio un estado de cosas que ya existían de hecho. La *neutralización del mar Negro* fué, pues, proclamada sin ninguna objeción de parte de nuestros adversarios. Estos se contentaron con reivindicar en favor del puerto de Nicolaief, abierto en la confluencia del Bug y del Ingul, el derecho de construir los barcos de poco tonelaje destinados á la policía de las costas, y esta pretensión pareció tan legítima que hasta los ingleses la acogieron sin vacilar.

Este primer resultado era de buen augurio para lo demás. La *condición de los cristianos en el Imperio otomano* había sido la primera causa de la guerra, y, naturalmente, había de fijar desde luego la atención del congreso. Anticipándose á la obra de las conferencias, el sultán había concedido ya á cada comunión el libre ejercicio de su culto. Los plenipotenciarios abordaron esta cuestión el 28 de febrero, pero la abandonaron en seguida para no volver á ocuparse de ella hasta el 25 de marzo. Entonces adoptaron la redacción siguiente, que vino á ser el artículo 9.º del tratado: «Habiendo Su Majestad Imperial el Sultán, en su constante solicitud por el bienestar de sus súbditos sin distinción de religión ni de raza, concedido un firmán que, al mejorar la suerte de éstos, consagra igualmente las generosas intenciones del soberano respecto á las poblaciones cristianas de su imperio, y queriendo dar un nuevo testimonio de sus sentimientos acerca de esto, ha determinado comunicar á las potencias contratantes dicho firmán, espontáneamente emanado de su voluntad soberana. Las potencias contratantes reconocen el alto valor de esta comunicación. Queda bien entendido que, en ningún caso, esta misma comunicación puede dar á dichas potencias el derecho de *inmiscuirse, colectiva ó separadamente, en las relaciones de Su Majestad el Sultán con sus súbditos, ni en la administración interior de su imperio.*»

La *cuestión de la navegación del Danubio* fué igualmente resuelta sin debates irritantes. Se convino que, aparte de los reglamentos de policía y de cuarentena,



Cavour Cowley Buol Orlof Bourqueney Hubner Mantouffil Walewski Djemil Benedetti Clarendon Brunnow Ali Hatzfeldt Villamarina

EL CONGRESO DE PARÍS DE 1856, copia de un cuadro original de Dubalc